

Las abejas deben también llorar

Es un cuento de Eduardo JENKINS DOBLES

(En el Rep. Amer.)

La llama resaltó en la noche, solitaria y trágica como un goterón de sangre contra una muralla de ébano. Rosa aplicó el fósforo al bajo y saliente techo de paja, inexpresiva y silenciosa como los ídolos que sus antepasados una vez tallaron en troncos gigantes.

Y esperó hasta que la fogata tomó fuerza, ensanchándose y rugiendo como si quisiera calcinar el propio cuerpo de la noche. Su corazón no necesitaba quema: era ya un acervo de cenizas. Pero las múltiples arrugas que marcaban su frente parecían aún extenderse en orgulloso desafío. La mujer no parpadeó, ni permitió un suspiro hacerse al aire, desde su pecho. No se escuchaba más sonido que el rabioso crepitar del rancho en llamas y el largo, angustioso aullido de un coyote hambriento, en los cerros.

Rosa agarró el motete de ropa, trastos y pequeños recuerdos —como una barata fotografía de Lina, la fugitiva hija de diecesiete años— y empezó a ascender la colina, midiendo el camino polvoriento en despaciosos y mecánicos pasos. No miró atrás, ni al firmamento, ni a los anchos higuerones, sino que mantuvo su vista fija adelante. Al alcanzar la cumbre del cerro, ella tornó a contemplar por la vez postrera.

Las fieras llamas empezaban a morir, se reducían a un montón de brasas. Las nubes de humo todavía colgaban sobre el lugar, lentamente cediendo su siniestro brillo rojizo, sacudidas por un viento arreciante. Rosa percibió un grupo de vecinos que se congregaba alrededor, ya agitando sus manos o caminando de un lado al otro, ya permaneciendo rígidos, todos tratando de entender por qué.

Un pájaro desvelado gritó huecamente y una bocanada de aire —perfumado por el alto zacate y las flores amarillas que cubrían los campos— penetró sus fosas nasales. Nuevamente los agudos cuchillos de la congoja se clavaban en su pecho.

Recordó a Lina: su sinuosa figura y caderas anchas y vívidas como las de una potranca que retoza en las praderas; su piel cobriza y ojos de negra lava; su sonora voz y cálidos gestos; sus largas trenzas que se bamboleaban sueltamente cuando ella se movía, alegrando cada objeto, tarea y momento. La madre recordó los interminables años de lucha: lavando ropa en el arroyo cercano, arrancando frijoles de la madrugada al mediodía, co-

giendo café en los meses de cosecha, agotándose de invierno a invierno y agotándose nunca. Recordó las numerosas noches de insomnio, a la orilla del lecho donde Lina forcejeaba con la fiebre; rememoró los esfuerzos por enseñarle buenas maneras y reglas morales de vida. Años de sudor, fatiga, devoción y esperanza.

Mas ahora Lina había partido; Lina, su solo motivo de existencia. La madre no había llorado cuando se enteró de su escape con un apuesto, untuoso abogado que solía visitar la zona conduciendo un brillante automóvil, husmeando litigios y murmurando tentadores alegatos en los rústicos y confidentes oídos de las muchachas campesinas. No, el orgullo no le permitió llorar. No había sollozado, tampoco, en aquella lejana tarde cuando su marido fué transportado a la casa en brazos de amigos quebrantados, muerto al caer desde la copa de un árbol al que había subido para cortar leña. La mujer recordó, pero continuó rehusando a verter lágrimas.

El primer lavado gris de la madrugada comenzó a revelar la forma y color de los campos, los bambúes y casas de adobe. Un gallo rojo en la rama de un naranjo agujoneó el sol naciente con las espuelas de su canto y saltó a tierra seguido por una bandada de sumisas hembras. La vida se volcaba de nuevo sobre el mundo, nadie sabía por qué.

Un jovencuelo se acercó guiando una yunta de escualidos bueyes que parecían apenas capaces de arrastrar la ruidosa carreta, sobrecargada de cañas de azúcar. Pronto llegaría al trapiche vecino, donde la caña sería introducida en los cilindros y el dulce jugo puesto en la paila. Los niños vendrían a vigilar con admiración al grupo de trabajadores, uno conduciendo los bueyes que hacen girar los exprimidores, otro agitando el hirviente caldo, otro más alimentando el horno con brazadas de leña y bagazo. Los niños habrían de traer latas donde saborear la espuma y reírían alegremente y saltarían aquí y allá y esperarían hasta que los pericos pudieran hacerse sumergiendo un poco de caldo —espeso y moreno ya— en un balde de agua fresca. Niños de manos pálidas y dientes agujereados, niñas en andrajos y de largo pelo negro que se columpia sobre los hombros...

El jovencuelo levantó su sombrero y saludó: "Buenos días".

Rosa hubo de mirarlo extraviadamente, sus labios rígidos, sus oídos incapaces de interpretar los sonidos. El boyero se sonrojó y azuzó la yunta nerviosamente.

Olor a café caliente y tortillas llegaba desde los ranchos erectos a lo largo del camino; un mugrio cerdo escarbaba una mata de yuca; el rocío iba evaporándose. La mujer siguió adelante, adelante, loma tras loma, elevando pequeñas nubes de polvo en el sendero.

El sol apareció completamente y se remontó alto en el horizonte y empezó a calcinar la tierra, los techos, las flores amarillas, la carne de los labradores y la propia estrujada carne de la mujer. Su pelo, canoso ya, reverberaba como si fuera de plata irreducible.

Rosa percibió, súbitamente, la aguda maceración que le producían varios guijarros deslizados en sus sandalias. Para removerlos se detuvo a la sombra de un frondoso árbol.

En el áspero tronco se distinguía una profunda cavidad donde anteriormente una colmena de abejas había residido. Las abejas son tiernos y humildes insectos que laboran alegre e incansablemente siempre que posean una reina. Pero si la reina se ausenta, su corazón pronto se hace polvo, se vuelve añoso, y la razón para trabajar desaparece. Las abejas entonces huyen, abandonando todo excepto el recuerdo de una vida antiguamente feliz. Vuelan sin derrotero fijo, desesperadas, sabiendo que es necesario continuar bregando pero suplicando la llegada de la muerte. Las abejas, dueñas de la miel y la industriiosidad, desdeñosas del llanto que doblaba su simple orgullo.

Rosa trató de incorporarse y continuar su jornada sonámbula, quizás hacia el lejano valle de San Isidro donde un pariente vivía. Pero sus piernas no obedecieron; su fortaleza moral estaba derrumbándose. Ya nunca podría levantarse de nuevo.

—¿Qué le preocupa, señora? ¿Puedo ayudarla en algo?

La voz, varonil y solícita, sacudió a la anciana como un rayo. Su rostro frenético apuntó al desconocido:

—La reina ha muerto, la reina ha muerto...

Y el llanto la avasalló, como si una insoportable masa de nubes negras pudiera, de súbito, descargar su angustia amurallada en una larga, larga lluvia.

Univ. of Fla., 1948.

En las últimas ediciones del FONDO DE CULTURA ECONOMICA (Pánuco 63, México, D. F.):

Las grandes Culturas de la Humanidad. Por Ralf Turner. Un vol. empastado de 1.305 pp. Dólares 6.55.

La experiencia y la Naturaleza. Por John Dewey. Un volumen de 398 pp. Dólares 2.35.

Técnica de la investigación social. Por G. A. Lundberg. Un volumen de 500 pp. Dólares 2.65.

El pensamiento de Hegel. Por Ernst Bloch. Un volumen de 470 pp. Dólares 3.10.

Las fuentes de la Civilización. Por Ellsworth Huntington. Un volumen de 696 pp. Dólares 5.00.

"SELECTA"

La Cerveza
del Hogar
EXQUISITA Y SUPERIOR

Univ. of Fla., 1948.